

publicados en Noruega estaban en el Landsmal. Pero, para los que apoyaban el Landsmal, esto sólo probaba que existía una conspiración de los editores, de los intereses mercantiles y de los ciudadanos, en general, para suprimir el idioma indígena. "La retención del dialecto y su uso (Landsmal), se ha convertido en una causa moral para muchos; en una arma en la pugna por lograr una identidad personal en contra de las poderosas influencias de la aculturación urbana."

La materia no se ha resuelto aún; pero las noticias más recientes (de febrero de 1966), son en el sentido de que se han reunido las sociedades de autores contendientes por cada uno de esos idiomas. El que el progreso material y el régimen democrático noruego hayan sido compatibles con inhabilidad para decidir si "lengua" se ha de decir *Språk* o *Sprog* es algo que debe animar a aquellos países en desarrollo que están destinados a vivir, por mucho tiempo aún, en la incertidumbre lingüística.

Nathan Keyfitz
(Universidad de
Chicago).

Ceinwen H. Thomas: "The Welsh Language" Offprint from the *Journal of the Faculty of Arts*. Vol. III N° 2, 1966. Printed at the Malta University Press. 1966, pp. 73-101.

Ceinwen H. Thomas: es miembro del Departamento de Gales, del Colegio Universitario de Gales del Sur y Monmouthshire, el cual forma parte de la Universidad de Gales; es, además, un estuasiasta de su lengua y cultura galesas y un conocedor de realidades lingüísticas distintas —como las de Dinamarca— que le permiten hacer referencias externas al plantear los problemas sociolingüísticos de su país, y al buscarles solución en una perspectiva humana.

Gran Bretaña —podría pensarse— no tiene por qué tener problema sociolingüístico. Y, sin embargo, lo tiene, interno y muy serio. Los pueblos de cultura y lengua célticas corrieron, en el mundo, con poca suerte: ahogados —en esto— por la conquista romana de la Galia; arrinconados en Gales, en Escocia, en Irlanda, quedaron, por mucho tiempo —a diferencia de otros núcleos lingüísticos indoeuropeos— sin que hubiese un solo Estado en el que estuviesen representados. La independencia de Irlanda comenzó a transformar el panorama: es ella, en la actualidad, el único Estado de lengua céltica. Y su existencia misma —junto con la afirmación de su cultura— ha servido para resucitar, para revigorar, el sentimiento de estimación de los galeses por el idioma y la cultura propia, en Gales. Gran Bretaña —que hubo de enfrentar por tanto tiempo el problema irlandés— enfrenta ahora el de sus galeses, que no le escatiman lealtad, pero que —en el regateo que se les hace en lo lingüístico y lo cultural— no dudan en hablar de "imperialismo inglés".

Para el observador de fuera, esta recuperación autoconsciente de los pueblos de habla céltica, abre su pupila para lo que probablemente sea desarrollo futuro: la toma de conciencia cultural de los bretones de Francia, que no son reliquia gala sino brote galés en la dura y hermosa península armoricana.

Corkery —un irlandés— señaló que las lenguas no mueren de muerte natural; que "las asesinan quienes matan el alma de la nación", y Ceinwen Thomas no duda en considerar que los problemas lingüísticos son a manera de enfermedades sociales cuyo portador —agrega— es el imperialismo. El galés parece amenazado de muerte (de un 90% de galeses que lo hablaban en el xix, sólo un 30% lo habla en el xx), y si —de primer intento— el

diagnóstico “imperialismo” parece excesivo cuando se le identifica como causa de muerte, hay que volverse a examinar los hechos para poder decir hasta qué punto es acertado.

Mientras Gales fue independiente, el galés lo habló la corte, la aristocracia, el pueblo, y fue instrumento de la más alta cultura asequible a los galeses. Aun sin independencia, en 1282, la aristocracia seguía dando patrocinio a la literatura galesa. Fueron los Tudor los que —aun con sangre galesa en sus venas— al buscar la centralización del reino, introdujeron la condenación sociopolítica del idioma, como lo prueba una disposición infame, que aun sobrevive:

“Ninguno que use el habla o lengua galesa —dice el Acta de 1536— tendrá o disfrutará en forma alguna de oficios dentro de este Reino de Inglaterra, Gales, o en los otros dominios del Rey, bajo pena de perder esos oficios, a menos que use y ejercite el idioma o lengua inglesa.”

Esta disposición creó un abismo entre aristocracia y pueblo; el pueblo siguió siendo galés; la aristocracia —en busca de puestos y honores— se anglicizó y envió a sus hijos a escuelas que ejercieron influencia anglicizante. Sólo la Reforma, la traducción del libro de plegarias y de la Biblia, el énfasis metodista en el sermón, salvaron al idioma y lo revitalizaron. El púlpito reconoció su dignidad, y eso le dio acceso a muchos círculos que, en otras condiciones, le hubieran impedido el paso.

Pero, el permanente campo de batalla en favor de la lengua y la cultura galesas lo ha proporcionado la educación. Los responsables de ésta, en Gales, favorecían la supresión total del galés en favor del inglés, “dominados por el vicioso supuesto del que hay que exterminar a una lengua antes de poder enseñar otra” (75). En 1848, tres monolingües ingleses formaron

una comisión que consideró al galés como perjudicial para el progreso material y moral de Gales. En 1861 —en que se introdujo el “pago de los maestros según los resultados obtenidos”— el sistema coadyuvó a los intentos destructores del galés: como éste no era obligatorio, no les redituaba a los maestros el enseñarlo; de ahí el letrero infamante “GALÉS NO” con que se avergonzaba al escolapio que lo hablaba, y que había de producir tan pernicioso efecto tanto en el niño como en su hogar y en la comunidad galesa, hasta tal punto que no es exagerado hablar de un cierto “genocidio psicológico” cometido en perjuicio del pueblo galés.

En 1889, se aceptó el galés como optativo, dejando al criterio de directores y maestros, su enseñanza; ellos, en su mayoría, generalmente han presionado, desde entonces, a los estudiantes de la escuela media para que tomen otras materias (como el latín u otros idiomas extranjeros).

No todo han sido pérdidas en la larga lucha, y si bien no podemos seguir en detalle —aunque es tentador hacerlo— todos los desarrollos del esfuerzo hecho en pro del galés, es fácil ver cómo una acción común, conjunta, de la comunidad galesa, ha ido emergiendo y se ha ido estructurando; cómo es ya manifiesta y fuerte, aunque la energía que la nutre no haya estado en violencia abierta, como en otras latitudes.

En 1907, se estableció un Departamento Galés del hoy Ministerio de Educación, y éste se pronunció por un mejoramiento en la enseñanza del idioma, así como porque se le usase como medio de instrucción; su “informe” —de 1928— recalcó más aún la importancia del uso instrumental del idioma, pero, desafortunadamente, el inicio de la depresión económica “de los treinta” desvió la atención de los hombres “hacia la desnuda lucha por la supervivencia”.

El ímpetu creciente que —a pesar de todos los obstáculos— viene adquiriendo el galés como medio educativo tuvo su punto de arranque más eficaz en la idea de utilizarlo en las escuelas de párvulos; de ellas ha partido un movimiento expandente hacia la primaria, las escuelas medias, las normales, la Universidad (la cual, con todo, hasta ahora, no ha sido impregnada suficientemente). La necesidad de un auténtico sistema galés de educación que asegurara la continuidad del flujo sociolingüístico entre los diversos vasos comunicantes pronto se puso de manifiesto: dos matrimonios angloparlantes que llegaban a una región gallesa bastaban, a veces, para que su presión determinara el repudio del galés en la enseñanza; la expectativa de quienes aprendían su primaria en galés era la de ingresar a una escuela media anglizante, y esto resultaba pobre estímulo para su instrucción; la falta de especialización de los profesores que *hablaban pero no conocían* el galés, contribuía a labrar la ruina del idioma. Para obtener el triunfo, era necesario un ataque en todos los frentes, y es ese tipo de ataque el que ahora se está realizando.

Para el pedagogo es de gran interés examinar los intentos de solución de los galeses, en este terreno; para el sociolingüista, es de mayor interés subrayar ciertos vínculos entre sociedad, cultura, lengua, que se manifiestan en forma concreta en este ambiente. Porque, si en 1848 la Comisión tripartita de angloparlantes pudo apoyarse en la ineficacia de las escuelas galesas para sugerir la proscripción del idioma (“culpabilidad por contagio”), ahora —gracias a los esfuerzos económicos y pedagógicos de los galeses— las escuelas que preservan el idioma han llegado a ser tales (tan eficaces, de tal calidad), que prestigian a quienes a ellas asisten, hasta el punto de que muchos *angloparlantes* monolingües de

la región *han tenido que luchar por que en ellas se admita a sus hijos*. ¡Como que en muchos casos el sistema escolar desarrollado por los nacionalistas galeses no sólo da a los niños un buen conocimiento del galés, sino el dominio de un inglés más elegante que el utilizado por sus contrapartidas del propio sistema escolar inglés!

Meritísimo, en este sentido, fue el ejemplo de un nuevo tipo de escuela (Ylluest, Aberystwyth, 1939), iniciado por un grupo de padres profesionales. Conforme el decir de Thomas, “La escuela, creada por padres pertenecientes a las clases profesionales, que son en Gales lo más próximo de la clase media, atrajo —por doquier— la atención de la ‘clase media’ del pueblo galés y produjo un movimiento de interés, de imitación —incluso de esnobismo— favorable al nacionalismo galés”.

Actualmente, las dificultades se producen en otros niveles: “una lengua puede enseñarse con éxito sólo si es vehículo de comunicación” y, en el caso de Gales, aún se carece de medios audiovisuales para su enseñanza. Por otra parte, en las escuelas superiores y universitarias, muchas asignaturas no pueden enseñarse en ese idioma porque no se dispone de terminología apropiada. Aberystwyth está tratando de cubrir la primera de esas lenguas; los científicos galeses, desde 1963, mediante la publicación de una revista científica trimestral, están llenando la segunda.

La lucha por el galés es menos espectacular ahora que antes, en los medios educativos; pero, aún suele suscitar actos heroicos: un joven, con derecho a graduarse en el Colegio Universitario de Bangor, se rehusó públicamente a recibir su grado “por la hostilidad que la Universidad había manifestado hacia el galés”.

Fuera del ámbito educativo, la lucha continúa, y sigue siendo, frecuente-

mente, espectacular. Se han hecho peticiones para que el galés se use en los tribunales. . . Y lo más que se ha obtenido es la concesión de un intérprete pagado por el Estado, como si el galés —en Gales— fuese tan extraño como lo son —ahí— el ruso o el chino. En Gales, la oficina de correos —por incompetencia o mala voluntad— retarda la correspondencia en galés y los galeses no dudan en sufrir perjuicios por esta causa. Protestan y son víctimas de sus protestas cuando no aceptan notificaciones en inglés. Se lanzan a las elecciones, triunfan, y se les niega el triunfo, porque no aceptan designaciones que no estén en galés; llevan su caso a los tribunales y —ocasionalmente— encuentran magistrados que reconocen que “es ya un poco tarde para tratar a los galeses como si se tratara de una tribu”. Por otra parte, del lado inglés, no sólo se adopta una postura defensiva, pues ha habido patrones que han despedido a sus obreros por el solo hecho de hablar galés; los que lo hicieron —con todo— han tenido poca fortuna, gracias a la creciente toma de conciencia y solidaridad de la nación galesa, que les ha obligado a dar marcha atrás en sus designios. Recientemente (según información privada que poseemos y que no está contenida en el folleto de Thomas), un parlamentario galés (que pidió permiso al Portavoz de la Cámara para hacer su juramento en galés y a quien le fue negado éste), expresó en la propia Cámara de los Comunes que eso demostraba que, de hecho, el Parlamento de Londres era *sólo un parlamento inglés y no británico*, en general.

¿Tiene sentido detenerse tanto en estos que parecen pormenores? Sí, lo tiene; porque si bien es fácil recoger informaciones y puntos de vista sobre todo aquello que un gobierno o una mayoría sostienen, las informaciones, las opiniones de las minorías son inau-

dibles, especialmente en los otros extremos del mundo, y si el estudioso ha de tener una idea cabal de lo que ocurre en la Tierra, necesita saber de esas luchas y anhelos, en el mismo grado en que el amante de la justicia desea ver que las unas triunfen y los otros se alcancen.

Pero para quien quiere recoger algo más que hechos, hay, en el trabajo de Thomas que hemos venido glosando, una porción de particular interés. Puede observarse —en efecto— que sólo los nacionalistas extremos llegan a pensar en establecer un monolingüismo galés que excluya totalmente el inglés, y que “bilingüismo” es término que puede tener y tiene diferentes significados, de los que sólo uno es sano en términos humanos.

Para aclarar el punto, Thomas distingue entre el bilingüismo de los individuos y el bilingüismo de la comunidad. Dice al respecto y en concreto: “No es cierto que seamos herederos de dos culturas, como se nos ha dicho por mucho tiempo. Si lo fuéramos, seríamos esquizofrénicos. Somos herederos de la cultura histórica de Gales, de la que el galés es creador y depositario. El inglés nos da una ventana a la cultura inglesa, nada más. Gales, es históricamente, una comunidad monolingüe, hablante del galés, y eso debe volver a ser. . . Lo que no significa que los galeses en lo individual no deben ser bi y aun multilingües”. El criterio, expresado operativamente sería el de que “enfrentados a quien hable tanto galés como inglés, los nativos de Gales elijan el galés como su medio de comunicación (93).”

Existe, además, otro punto de interés para el estudioso de las relaciones intergrupales, y para quien trata de discernir cuáles son las grandes líneas históricas de tendencia.

La presentación de Thomas tiene, aquí, tono acusatorio pues señala que: “Desde el punto de vista inglés, dar

posición oficial al galés en Gales sería un acto revolucionario; mucho más revolucionario que el de conceder gobierno propio a Irlanda, en el apogeo de su pompa imperial, pues no hay mar que divida a Gales de Inglaterra, y el reconocimiento de nuestros derechos representaría que Inglaterra aprendiese a compartir la isla con sus vecinos, cosa que nunca ha hecho.”

La lucha de los galeses en Gales, de los flamencos (esa otra espléndida cultura europea) en Flandes, no es —aunque lo parezca— un estrecho movimiento nacionalista destinado a romper ciertas unidades estatales (aunque, en caso dado, ese pudiese ser el resultado), y a obstruir aún más la difícil intercomunicación humana. Los galeses difícilmente se privarán de las ventajas que, para el intercambio mundial, derivan de su conocimiento del inglés; los flamencos, difícilmente aceptarán que la irradiación lograda con su idioma pueda ser tan amplia como la que les facilita su uso del francés. Saben que la posesión de una lengua de gran difusión ayuda a lograr una más amplia comunicación entre los hombres; pero no olvidan que “comunicación” no es sino una de las metas que trata de alcanzarse con el uso de una lengua; que la otra meta principal es “expresión”, y que la expresión más auténtica se logra con la lengua vernácula así sea limitado el poder de irradiación de ésta.

(O.U.V.)

Ministry for Foreign Affairs, Helsinki
Protection of Minority Rights in Finland. Finnish Features. No. 4/65.
M. F. A. Helsinki: “Aspects of the Language Problem in Finland”. F. F. No. 49/62. Karl Nickul: “The Lapps

— the people of Lapland”. F. F. 33/62. Paavo Ravila: “The Riddle of the Lapps” F. F. 12/61.

Finlandia tiene dos lenguas nacionales: el finés y el sueco. La ley sobre las lenguas establece el carácter oficial de ambas, el cual está consagrado por la Constitución. Sin el mismo tipo de reconocimiento, se hablan en Finlandia, como lenguas de minorías, el lapón y el ruso.

El finés es la lengua mayoritaria, pues lo habla un 92% de la población; el sueco es hablado por menos del 8% y quienes hablan los otros idiomas no llegan a constituir un 1%. Además, casi la mitad de los suecoparlantes y todos los lapones adultos saben finés; mientras que, por otra, cerca del 8% de la población habla no sólo finés (su lengua principal), sino también sueco. El sueco y el lapón tienden a localizarse geográficamente: en la costa meridional del Golfo de Finlandia, la occidental del de Botnia y las Åland, el sueco; en el norte del país (en Laponia), el lapón; el finés, en cambio, se encuentra ampliamente difundido.

Fuera de cualquier consideración de hecho, jurídicamente los distritos gubernativos se declaran fineses, suecos o bilingües. La declaración —hecha cada diez años— se basa en el criterio de que: es bilingüe una comuna en la que uno de los idiomas oficiales es hablado, al menos, por un 10% de los pobladores, y que es finesa o sueca en caso de que —respectivamente— el número de sus pobladores que hablen finés o sueco constituyan más del 90% de la población. En términos dinámicos: 1º una comuna bilingüe se convierte en monolingüe sólo si la lengua minoritaria abarca menos del 8%; 2º una monolingüe no es declarada bilingüe sino cuando la lengua minoritaria llega a abarcar más del 12% de la población. Estos criterios se usan en